



EL ROSAL DE ALEJANDRÍA.

A mi prima María.

Hace escasamente un mes que has empezado esa preciosa tapicería. Yo te miro siempre que trabajas en ella, y me complace ver, cómo tu aguja, cual si fuera el pincel de un afamado artista, va dejando en pos de sí flores de una belleza admirable. Esa rosa es lindísima y está llena de vida y frescura; también esa azucena ostenta toda su blancura al lado de la modesta violeta. En una palabra, el ramo es lindísimo, pero le falta lo mejor... que es la conclusión. Dices, y no sin justicia, que has trabajado mucho en poco tiempo, y que por hoy te dejen descansar. Además, quieres empezar el calado de ese pañuelo; añades que lo mismo da trabajar en una cosa que en otra; pero ¡ay, María! ¡si fuera sólo por hoy el permiso que solicitas! Hace

más de ocho días que el bastidor descansa sobre la mesa de tu cuarto, y esas pobres flores, á semejanza de las del jardín cuando están descuidadas por la mano del hombre, parecen pedirte un poco de compasión y que les quites el polvo que empaña sus brillantes colores. Si en los primeros quince días crecía tu obra de una manera admirable, en los ocho restantes quizá la hubieses concluido.

Pero no quiero molestarte con mis reflexiones: ya has bostezado dos veces contemplando el bastidor y miras con tristes ojos el calado del pañuelo. Déja uno y otro, y escúchame.

Blanca de B., era como tú, una niña agradable, buena, y de no escaso talento. Su excelente corazón y precoz inteligencia le hacían

acreedora al cariño de todos cuantos la conocían.

Con estas dotes, nadie hubiera dudado de la felicidad que aguardaba á Blanca en el curso de su vida. Pero Blanca tenía un defecto, el de querer hacer todo cuanto veía. Si una de sus amigas le hablaba del precioso canesú que estaba bordando, al instante se informaba de cómo era, se hacía con todos los utensilios necesarios, rogando á su amiga que la enseñara, y en dos días hacía tanto como la otra en veinte; ya no le faltaban más que algunas horas de trabajo para terminar la obra; pero una tía suya le habla del precioso calado que ha venido en el último figurín, y dejando su bordado empieza con prontitud, y una maestría admirable, la nueva labor que se propone concluir al día siguiente; pero es interrumpida por otro capricho cualquiera, y así va llenando sus cajones de labores que nunca acaba, pero que le han proporcionado mil elogios por su facilidad en aprenderlas y el primor con que están hechas.

La niña había crecido; pero se había acostumbrado á no disimular sus (no sé si llamarlas vehemencias ó inconstancias), y con los años se habían aumentado; así es que entraba en una brillante reunión, y como era hermosa y tenía talento, al instante se veía rodeada de mul-

titud de jóvenes que se disputaban una sonrisa suya. Ella les hablaba con amabilidad y agradecía sus galantes frases; pero bien pronto se cansaba de su conversacion, se levantaba con presteza, y sin reflexionar se reunía á otro grupo en donde le prodigaban nuevas alabanzas.

Esta inconstancia de carácter hizo que no encontrara nunca una amiga leal y sincera, pues las jóvenes de su edad huían de su trato creyendo vanidad y coquetería lo que era tan sólo una extremada ligereza.

Por aquel tiempo, su padre ocupaba un alto puesto en la corte, y era preciso presentar á Blanca en ella; esta noticia la llenó de alegría y esperó con impaciencia que llegara el día en que se daba un gran baile en palacio, al que debían asistir todas las legaciones extranjeras representadas por sus más ilustres personajes.

Magnífico estaba el baile, y Blanca admiraba con infantil curiosidad todo cuanto la rodeaba; pero la sacó de su distracción la voz de su soberana que la llamaba con dulzura.

Al instante acudió la tímida joven, confundida por tan señalada merced, y saludándola con respeto esperó en silencio sus órdenes.

—Hija mía,—le dijo la reina,—mucho me complace verte hoy en palacio: me habían hablado de tí, y

aunque hace tiempo que conozco á tu padre, nunca habia tenido el gusto de verte. No me han engañado los que me han ponderado tu hermosura. Príncipe,—añadió alzando la voz y dirigiéndose á un elegante jóven extranjero,—os presento á Blanca de B., de quien ya os hablé hace tiempo.

Los dos jóvenes se saludaron y apenas tuvieron tiempo de cambiar algunas palabras. La orquesta preludiaba un rigodon, que fué pedido á Blanca por el príncipe, que era el embajador de una nacion poderosa.

Nunca la jóven habia hablado con otro que le pareciera más simpático y agradable.

Pasó la noche y la jóven vió llegar con sentimiento la hora de abandonar el baile.

Trascurrieron algunos meses. Blanca veia al príncipe con frecuencia, pues éste habia solicitado el honor de ser presentado en su casa; pero aunque siempre se mostraba galante y obsequioso con ella, jamás pronunciaba una palabra que diera á entender su amor.

Una mañana recibió Blanca un atento billete del príncipe, en el que le suplicaba que admitiera una maceta de china, en la que habia plantado un precioso rosal de Alejandría, que no tenía más mérito que contener las flores que ella preferia.

Blanca, radiante de felicidad, fué á contarle á su madre la delicada

galantería del príncipe; hizo que colocaran la maceta en su misma habitacion, y todas las mañanas la regaba con cuidado y la quitaba las hojas secas.

Pasó un mes, y Blanca recibió una nueva misiva del príncipe, y con ella un magnífico tiesto de camelias. Decirte los extremos que hizo al recibir este nuevo obsequio, lo creo imposible; baste saber que hizo quitar el rosal del sitio que ocupaba y colocó las camelias en su lugar, dejando al pobre rosal en segundo término.

Como puedes figurarte, Blanca cuidaba con asiduidad las camelias; pero ¡ay! el rosal fué olvidado, y una á una se fueron secando todas sus hojas.

Una tarde fué el príncipe á su casa, como de costumbre. La puerta del cuarto de Blanca daba al salon, y como estaba entreabierta, se veian las hermosas camelias, que estaban en todo el apogeo de su lozanía: detras, secas y deshojadas, asomaban las ramas del olvidado rosal. Blanca iba á salir al salon; pero se detuvo al oir la voz del príncipe.

—¿Hablará con mi madre?—pensó la joven.—¿Le pedirá mi mano?

Esperó para escuchar mejor; pero hé aquí lo que oyó, pronunciado con una voz llena de sentimiento:

—No, no es coqueta; pero es peor que eso, es inconstante, es

frívola. ¿Qué mal le ha hecho el pobre rosal para maltratarlo de esa suerte? Si mañana le regalo unos pensamientos, dentro de un mes las camelias quedarán olvidadas también. Si hace esto con las flores, ¿qué no haría con mi amor? Justo es que queden sin realizar los deseos de la reina, puesto que yo

parto á mi país con el corazón destrozado.

Dura fué la lección, y Blanca, triste y afligida, la guardó siempre en el fondo de su alma. ¿Podrás tú, niña mía, guardarla en tu memoria?

Ahora coge el bastidor y dame un abrazo.

MARÍA.



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

I.

Un periodista.

Ahí le teneis. Vino al mundo
Al morir el rey Fernando;
Tuvo viruelas de chico,
Y estudió en los Escolapios.
Predijole una gitana
Por las rayas de la mano,
Que era su sino ser pobre
Y hasta vivir de milagro;
Y con efecto, don Lino
Fué escribiente de escribano

Meritorio en Loterías,
Sargento de milicianos,
Y entrando en el periodismo
Hace ya veintiseis años,
Ha corrido cien periódicos
Sin adelantar un paso.
Fué progresista unas veces
Y otras veces moderado;
Militó en el unionismo
Y fué revolucionario,
Siempre con tan buena sombra
Que si mandaban los blancos,
Don Lino era de los negros,

Ó los rojos, y al contrario.
 Don Lino escribe los fondos,
 Don Lino hace los reclamos,
 Don Lino corta noticias,
 Don Lino habla de teatros,
 Don Lino traduce sueltos,
 Don Lino estudia los granos
 Y extracta de otros periódicos
 Y confecciona el diario.
 Él fué editor responsable
 Y estuvo en Manila un año;
 Él se ha batido tres veces,
 Y recibió tres sablazos
 Por los escritos ajenos
 De políticos muy altos.
 Él, por pecados de todos,
 Sufrió atropellos y daños,
 Y cobra quinientos reales
 Si los tiempos no son malos;
 Pero aún le deben de *El Eco*
 Siete meses, de *El Relámpago*
 Un año, de *El Arco Iris*
 Cuatro meses de trabajo,
 De *La Alianza* cien duros,
 De *El Porvenir* otros tantos;
 Y *El Deber*, donde hoy escribe,
 Su título acreditando,
 Le ha dado muchos disgustos
 Pero no le ha dado un cuarto.

Junto á don Lino escribieron
 Muchos que hoy están muy altos,
 Gobernadores, ministros,
 Consejeros, diputados,
 Que le niegan el saludo
 Cuando le encuentran al paso.
 ¿Qué espera el pobre don Lino
 Solo en el mundo y anciano?
 Un hospital que le acoja,
 Un hueco en el campo santo,
 Y un suelto de breves líneas
 En que digan los diarios:
 «Las letras están de duelo;
 Murió don Lino Avendaño;
 Fué treinta años periodista,
 Y oscuro y pobre operario,
 No deja para su entierro
 Más que diez y siete cuartos.
 Compañero de los muchos
 Que á su sombra se encumbraron,
 Autor de trabajos múltiples
 Que pasan por ser de varios,
 Ha muerto como ha vivido,
 Pobre, oscuro, abandonado.
 ¡Tornillo del periodismo
 Que salta al fin en pedazos:
 Se le repone... y la máquina
 Sigue sin él funcionando!

M. OSSORIO Y BERNARD.

Doña Quiteria y Doña Pelagia.

Doña Quiteria y Doña Pelagia son dos señoras que se hallan viudas por haber matado á sus maridos, no ellas, sino el *cólera morbo*, en la última y desagradable visita que nos hizo.

Tanto Doña Quiteria, que es gruesa, como Doña Pelagia, cuyo cuerpo se asemeja al de una caña de pescar, disfrutan la pension de tres reales diarios por barba, y digo por barba, porque las dos se la rasuran todos los domingos. No tienen familia ni quehacer alguno, de

modo, que se pasan los días en la iglesia, oyendo misas por el descanso eterno de las almas de sus inolvidables esposos, y por las de todos los demas prójimos que ya hicieron el obligatorio viaje al otro mundo; pero en cambio, á todos los que todavía nos encontramos en este valle de lágrimas, nos desuelan y roen los huesos de la misma y terrible manera que pudiera hacerlo la lengua de un escorpion.

Los sacristanes de los templos á que estas señoras asisten, tienen

poco ménos que arrojarlas de ellos, porque nunca se acuerdan de abandonarlos, aunque oigan las palabras de «que se va á cerrar...» Siempre tienen que rezar algo que dejan para los últimos momentos, hasta que por fin se marchan á la calle, donde despues de recordar y celebrar como estaba tal ó cual vírgen adornada, y las luces y colgaduras del templo de que acaban de salir, comienzan el siguiente curioso diálogo:

—¿No sabe Vd., Doña Quiteria, que ya habido noticia del papá de Tomasito?

—¿Del esposo de Doña Adela que se marchó por no poder sufrirla?

—Sí, señora; pues dice que le va muy bien en Manila, y manda cuatro mil reales para que se compre Doña Adela dos vestidos de seda, y para que hagan á Tomasito dos trajes de invierno... ¿Le parece á Vd. que picardía?... Que Doña Adela se adorne, pase, porque al



cabo lo necesita; pero que al pícaro de Tomasito le pongan tan majo es insoportable, pues así los niños se acostumbran á ser presumidos, orgullosos y tarambanas...

—Sí, señora. A los niños se les debe hacer un traje solamente, y cuando éste se rompe, otro, y todos de la tela más barata y colores oscuros...

—Es que muchos, como sucede con Tomasito, quieren...

—Pues no se les da y se les tiene en cueros, ó se les pone un saco de esos que venden en las tiendas de ultramarinos.

—Eso debía hacerse; pero son muy pocos los padres que saben vestir á sus hijos... Y de Antonito, ¿qué me dice Vd.?...

—Que este año le matricularán en el segundo de latin...

—¡Qué barbaridad! Cuando su padre todavía no lo ha hecho en el primero...

—¡Pero si dicen que la cabeza de su padre es tan dura!

—Buen hombre, dicen bien; por eso gasta en que estudie su Antonito. Y si al ménos aprendiese el latin en las obras de San Pablo y Santo Tomás, bueno; pero no, se-

ñora, porque hoy es la moda enseñarlos con esos libros de autores como *Voltaire* y *Paul de Kock*: en fin, buena se va poniendo la sociedad.

—¿Y qué me dirá Vd. de Rosita, la niña mayor de la bolera?

—¿Pues qué hay de esa?

—Que la otra tarde iba á paseo luciendo un sombrero, que su mamá me dijo que se llamaba «Búsqueme Vd.»

—¡Ay!... calle Vd. por Dios, señora, por más que no me coge de susto el que esa niña al fin tenía que escabullirse.

—Pues si es la pequeñita de don Santos, al que todavía le falta ser gobernador de Zaragoza para haberlo sido de todas las provincias de España, á causa de lo formal y constante de sus ideas políticas...

—Bien. ¿Y qué?...

—Que la están educando de un modo que asusta; todo cuanto se le antoja se lo conceden: ayer se empeñó en que le dieran el león del Retiro...

—¡Ay! Quede Vd. con Dios, porque su papá tiene influencias para todo, y ya veo al león escapado por las calles de Madrid.

—Todavía no se lo han concedido.

—¿Luego lo ha solicitado ya?

—Sí, señora.

—Vamos, que no pueda una vivir tranquila por la educacion que

todos los padres están dando hoy á sus hijos...

—Así es. Como ya se ha perdido la costumbre de azotarles...

—Es verdad; y si los azotan es con la mano, y eso es lo mismo que si se les acariciara.

—Yo no sé para qué se venden ya las correas...

—Ni yo para qué sirven los zapatos...

—Mejor son las correas; y si se mojan en vinagre se puede azotar con ellas magníficamente y sin temor de que se desquebrajen.

—Pero creo que han dado las tres de la tarde, y que hemos salido de la iglesia á las doce y media del día...

—Entónces hasta luégo; despues de la novena la contaré á Vd. lo que he sabido y lo mucho que he visto de los niños Pascual, Ramon, Enrique, Emilio, Carlos, Angel, Carmen, Pepita, Aurora, Mercedes, Atocha, y de los diez hijos de Doña Ursula, y de los trece de Doña Paquita; en fin, de unos cuantos, porque no he tenido tiempo para más.

Y mis dos buenas señoras vánse á escape á sus respectivas casas, primero á beber un cántaro de agua y despues á comer, para volver en seguida á su cotidiana faena de rezar por todos los muertos y desollar á todos los vivos.

EDUARDO GUILLEN.





LA VIRGEN DE LA PALOMA.

Enfermo se encuentra el niño,
Y su madre, que le adora,
Vierte lágrimas amargas
Y no sale de su alcoba.
En vano de la botica
Apuró todas las drogas;
En vano del arte médico
Se agotó la ciencia toda;
Nadie puede dar la vida
A aquella flor que se troncha,
A aquella luz que se extingue
Y que merma hora por hora.
Se duerme; la calentura
Le rinde al fin y le postra.
La madre, afligida entónces,
Toma una vela, llorosa,
Y le encomienda á la Virgen,
La Virgen de la Paloma.

—He tenido un sueño, madre,
Que mis sentidos conforta;
Soñaba que se acercaba
A mi lado una señora,
Vestido de negro el cuerpo,
La frente de blancas tocas;
Y cogiéndome las manos

Entre las suyas hermosas,
—Vive, niño, me decía,
Vive, tu madre te adora;
Y me besaba en la frente.
—¡Bendita sea tu boca!

Ya está bueno el niño; juega
Y corre la casa toda.
Su madre le lleva al templo:
—Hijo, las rodillas dobla,
Y da gracias á la Virgen
Porque la salud te torna.
—Si haré: ¡ay, madre, es Ella, es Ella!
—¿Quién es?— Aquella señora
Que cuando yo estaba enfermo
Fué á visitarme á mi alcoba;
La que tomando mis manos
Entre las suyas hermosas,
—Vive, niño, me decía,
Vive, tu madre te adora;
La que me besó en la frente....
¡Bendita sea su boca!
¡Bendita sea la Virgen,
La Virgen de la Paloma!

NARCISO SERRA.



ARTURITO.

Es el diablo personificado, ó mejor dicho, un aspirante á diablo de primer órden. No deja títere con cabeza, ni á sus polichinelas, á pesar de lo mucho que les quiere; mas tiene buen cuidado de que sus diabluras no resulten en perjuicio de ninguno de su familia, ni lastimen más que al bolsillo de su papá: las víctimas de sus travesuras son los muñecos, su cara y trajes. Habiendo oído hablar de que ya todo el mundo es escritor, dice que no quiere ser ménos, y mantiene correspondencia diaria con sus dos hermanos más pequeños. Para decir «yo estoy bueno, recuerdos á papá,» que es lo que siempre pone

con sus indecisos garabatos, emplea catorce ó diez y seis pliegos de papel, cuatro ó más plumas, segun los casos, y un tintero lleno; mas no emplea tanta tinta en el escrito; se aprovechan de ella sus manos y cara, lo que le suele costar una buena tanda de azotes. No creais por esto que Arturito se enmienda; al contrario, cuanto más le reprenden, más diabluras se le ocurren; suele, cuando no hay nadie en la habitacion, decir que es un diputado, y á este fin coge las sillas, las pone unas encima de otras, y ya está hecha la tribuna; súbese encima, y á lo más acalorado del discurso, la tribuna se desploma y

¡allá va Arturo poco ménos que volando! Al ruido acude su mamá, y entre ésta y sus hermanos, los oyentes, le levantan y observan que se ha hecho un chichon considerable: le ponen vendajes, árnica, y ya teneis á nuestro Arturito sin poder ir á *Guignol* en cuatro ó cinco dias. En este tiempo está ideando otra nueva diablura: toma una caja de música y empieza á cavilar qué cosa habrá dentro para que suene, y aprovechando un rato en que nadie le vigila, destruye la preciosa cajita, quedándose suspenso al observar que ya no toca. Alguna que otra vez hace de aguador: toma á su Micifuz, que es un gato con unos bigotes que asustan, y se le echa al hombro; pero el gato no está en alguna ocasion tan manso como de costumbre, y le araña toda la cara, dejándole como os podeis figurar.

Existia en la casa un enorme perro de presa, el que infundia mucho miedo á los hermanitos de Arturo; pero él se burla de ellos diciendo que son unos cobardes. Un dia se le ocurrió la feliz idea de que podia enseñarle el ejercicio lo mismo que á sus simpáticos monigotes. Dicho y hecho: se levanta, desata al perro, coge poco á poco su magnífica coleccion de polichinelas y los forma; teniendo el perro muy poca gana de estarsequieto, Arturito le reprende, poniéndole por ejem-

plo á sus compañeros; pero no teniendo el perro ganas de amonestaciones, se declara en desercion y hasta se revuelve contra su jefe, dándole un susto más que regular y ocasionándole no pocos cardenales. Nueva encerrona en casa, y como en alguna cosa ha de pasar el dia, se acuerda de que estará muerto de hambre su magnífico caballo de carton. ¿Cómo seguir así, siendo su papá protector de animales? Nada, nada, es preciso hacerle alguna visita; con muy corteses palabras invita á jugar al caballo; pero viendo que le da la callada por respuesta, juzga Arturito que es que acepta sus proposiciones; le saca y le pone su delantalito por manta, con lo cual no gana mucho. No sin trabajo logra subir en él, y se empeña en que ande; pero como no tiene nadie que empuje, haciendo como que galopa va dando saltos, con tan mala fortuna, que sale por las orejas. Desgracias ocurridas: un rasgon en el delantal, sin consecuencias. En esto le llama su mamá para vestirle, porque van á salir, y él, mientras visten á sus hermanitos, se encierra en el despacho de su papá y le choca un objeto que sobre la mesa hay. ¿Qué es? Una hermosa paleta de pinturas, que le hace concebir una idea, á su entender, portentosa. Quita todos los papeles de encima de la mesa, que

por lo regular serán de interes, los sustituye por la jofaina; toma un pliego de cartulina que su papá tenía destinado para un plano, y empieza á decorarlo; pero cuando levanta la cabeza se encuentra con su mamá, que le regaña y le hace unas caricias en cierto sitio, por haberse vertido gran parte del agua en su precioso trajecito nue-

vo. ¡Pues no digo nada cuando el papá ve la situacion deplorable de su mesa! Por de pronto ya no puede ir aquella noche al *Velocipède Manège*, y se queda en la cama llorando.

Hé aquí una de las muchas y funestas consecuencias de las diabluras de Arturito.

X.

LA ORACION.

A mi José del Olvido.

Ven junto á mí, luz del cielo,
Te sentaré en mis rodillas
Y besaré tus mejillas
Más puras que el azahar.
Mira: ya se apaga el día
En la bóveda serena;
Ya la campana resuena,
Vamos, mi vida á rezar.

¿Preguntas por qué rezamos?
—Porque la oracion, bien mio,
Es el celestial rocío
Que refresca al corazón;
Es del alma casta esencia
Que al trono de Dios se eleva,
Pues un ángel se la lleva
A la celeste region.

¿Que no ves el ángel, dices?
—Tampoco ves el ambiente
Que viene en tu blanca frente
Tus cabellos á rizar;
Ni ves el aroma dulce
Que en sus hojas de colores
Guardan esas bellas flores
Que gozas en aspirar.

Y, sin embargo, tú sientes
Esa esencia y ese viento,
Que si cesa en el momento
Algo suyo deja en pos;
Así el que busca consuelo
De la oracion en la calma,
Siente en el fondo del alma
Que su acento escucha Dios.
¿Dónde está Dios?—Ves al cielo
Que empieza á envolver la sombra?
Pues de su planta es alfombra
Su magnífica extension;
Bajo sus divinas huellas
Brotan astros á porfía,

¡Y por eso cada día
Más innumerables son!
Dios le dá su dulce arrullo
A esa tórtola que canta;
Hace la luz que abrillanta
Las nubes de rosicler:
Esas aves, ese viento,
Ese cielo transparente
Y ese arroyuelo bullente,
¡Todo ensalza su poder!

Dios palpita en la mirada
Del que compasión implora,
Vibra en el duelo que llora
El huérfano, con afán;
Y se adivina en el llanto
Que asoma, niño, á tus ojos,
Cuando calmas sus enojos
Dando al mendigo tu pan.

Dios para los niños buenos
Como tú, luz de mi cielo,
Tiene ángeles en el suelo
Para librarles del mal:
Si tú siempre así le amas,
Tu ángel bueno, vida mía,
Podrá llevarte algun día
Ante su trono inmortal.

¿Dices que besarle quieres?
—Pues reza con embeleso
Y hasta él tu inocente beso
De la oracion irá en pos:
O besa, niño, mis labios
Cuando á Dios besar te cuadre,
Porque el alma de una madre
Puede ser altar de un Dios.

PATROCINIO DE BIEDMA.

ZOOLOGÍA.



LA PERDIZ.

La perdiz, del orden de las gallináceas, es una de las aves predilectas del hombre por lo delicado y succulento de su carne. Existe gran variedad de perdices; pero las grises y las rojas son las más comunes.

La perdiz gris se deja coger fácilmente; pero no cria en estado de domesticidad. Lo más general es coger huevos de perdiz y hacerlos empollar por gallinas. El alimento que los perdigones prefieren, consiste en hormigas y gusanillos de todas clases, que los padres les buscan escarbando la tierra, y hasta que tienen algunos meses no comen grano ni hierba. La perdiz roja, que abunda mucho en los países montañosos de Europa, Asia y Africa, más salvaje que la roja, no puede

vivir en estado de domesticidad, aún cuando haya nacido en un corral. Este precioso animal tiene el pico, las patas y el borde de los ojos encarnados; el vario color de su plumaje, en el que figuran el rojo, el ceniciento azulado, el gris y el amarillo le dan un tono por demás agradable. El macho se distingue de la hembra por un tubérculo que tiene en cada pata.

La caza de la perdiz es una de las que los cazadores prefieren, por la destreza que en ella despliegan sus perros. Así que uno de éstos ha venteado una bandada de perdices, las reúne describiendo alrededor de ellas una espiral. Cuando las ve amontonadas é inmóviles, se pára, fija imperturbablemente su vigilante mirada, levanta una pata y

aguarda al cazador, que se acerca lo más posible y tira en el momento en que las perdices levantan el vuelo.



Si la bandada se dispersa muy léjos, estas aves saben reunirse más tarde llamándose mediante un grito desagradable que se parece algo al ruido producido por una sierra.

T. L.

UNA SIESTA BIEN APROVECHADA (1).

Una tarde en que D. Enrique y su esposa estaban aún de sobremesa, sus hijas, que se hallaban en el jardín, entraron de pronto en la habitación, exclamando á la vez:

—¡Qué pesado está el aire esta tarde!

—¿Quereis decir que está pesado?—dijo D. Enrique.

—¡Ya lo creo!—exclamó Anita.—Como que se me oprime el

pecho de tal modo que apenas puedo respirar.

—Y si te dijera que el que no puedas respirar depende precisamente de la mucha ligereza del aire, ¿qué dirías?—añadió su papá.

—¿De veras?—repuso Anita.

—Y tan de veras. Como hace tanto calor el aire se ha dilatado, se ha *rarificado*, como diría un hombre de ciencia, y nuestros pulmones no pueden funcionar con desahogo. De ahí que sintamos esa opresion en el pecho, opresion que

(1) De una obra inédita titulada *Lecturas útiles para las niñas*.

generalmente se atribuye á la excesiva pesadez del aire, siendo así que es debido á su excesiva ligereza.

—Pues yo creía que el aire era pesado —observó Rosita.

—Poco á poco, hija mia, —contestó D. Enrique; —yo no he dicho que el aire no fuese pesado, pues sé perfectamente que lo es, como lo son todos, absolutamente todos los cuerpos que existen en la Naturaleza. Lo que yo he dicho es que, cuando como hoy no podemos respirar con entera libertad, es porque el aire es ménos pesado que cuando podemos hacerlo desahogadamente. Por lo demas, el aire es pesado, hijas mias, y lo es tanto, que se calcula que el peso total de la parte de atmósfera que pesa sobre cada uno de nosotros es de la friolera de 15.500 kilogramos, ó sea de poco ménos de 400 quintales.

—Eso sí que me parece imposible, —dijo Anita. —¿Cómo podríamos andar con tan enorme peso encima?

—Pues no sólo es posible, sino que es verdad, —dijo D. Enrique; —y si no sentimos este peso es porque el aire penetra en todo nuestro cuerpo, y la presión interior del aire contrabalancea la exterior.

—¿Y cómo puede saberse que el aire pesa? —preguntó Doña María.

—Por medio de ese aparato llamado *barómetro*, que está fundado

en la presión atmosférica y sirve para medirla, así como para pronosticar la lluvia ó el buen tiempo.

—Entonces ese aparato es como esas flores de color de violeta que venden en algunas quincallerías, —observó Rosita.

—No, hija mia, —dijo su papá, —pues si bien las flores que tú dices se llaman *barométricas*, no es porque merezcan este nombre. Esas flores ni miden la presión atmosférica ni señalan con anticipación el tiempo que debe hacer: no hacen más que atestiguar el estado más ó ménos húmedo del aire y, por consiguiente, no son más que una nueva especie de *higrómetro*, y deberían llamarse *flores higroscópicas*.

—¿Y cómo es que mudan de color segun que llueva ó haga un tiempo seco? —preguntó la mamá.

—Muy sencillamente, María. —La tela de que están hechas esas flores está teñida por una disolución de *cloruro de cobalto*, y éste tiene la propiedad de cambiar de color segun que esté expuesto al sol ó á la humedad. Cuando llueve ó el aire está muy húmedo, los pétalos de aquellas flores son de color de violeta; cuando el aire es muy seco son de un color azul verdoso muy oscuro, y son de un color verde claro cuando el aire ni está muy húmedo ni muy seco.

—¿Y la presión del aire se prue-

ba por el barómetro, por ese aparato que tiene Vd. en su escritorio?—preguntó Anita.

—Sí, hija mía,—contestó don Enrique;—mas no necesitamos recurrir á él para demostrar la presión del aire. ¿Quereis una prueba de ello? Puedo dároslo ahora mismo. ¿Veis este vaso? Pues bien:

lo lleno de agua hasta el borde; cojo un papel, lo pongo encima; aprieto con la palma de la mano para impedir que el líquido se derrame, vuelvo el vaso boca abajo, saco la mano, y... ¿veis? el agua permanece dentro del vaso.

(Se continuará.)

CELSE GOMIS.

ACTUALIDADES.

Agradecemos profundamente á la redacción de *El Profesorado*, de Granada, el ejemplar que se ha servido remitirnos del *Segundo certámen pedagógico*, convocado por la misma en Junio de 1878. Constituye un elegante folleto de cerca de doscientas páginas en 4.º, y demuestra prácticamente el buen resultado de esta clase de concursos de la inteligencia.

Empieza dicha obra con una dedicatoria, tan sentida como oportuna, á la memoria de D. Javier Alvarez Linde, Director que fué de aquel periódico é iniciador del certámen; siguen la convocatoria del mismo con la exposición de temas y la lista de las disertaciones recibidas (en número de 16), y el dictámen del Jurado. A continuación se publican los trabajos premiados, que son los siguientes:

Apuntes biográficos de los escritores pedagogos españoles y noticias de sus obras, por D. Luis Rodriguez del Rey.

Importancia de las escuelas de adultos y principales cuestiones que ofrece su organización, por D. Juan Benejam Vives.

El mismo tema (accesit), por D. Elías Martinez Rico.

Importancia de la educación física en las niñas, por Doña Pilar Pascual de Sanjuan.

El mismo tema (accesit), por Doña Josefa Olino Guerrero.

Necesidad de dar á la mujer una instrucción en armonía con el progreso humano, é influencia que la mujer tiene en la educa-

ción de la infancia, por D. Jaime Segarra.

El mismo tema (accesit), por D. Agustín Ruiz Yanguas.

Todos estos trabajos son dignos de la mayor consideración, y alguno, como el de la Sra. Pascual de Sanjuan, de relevante mérito.

Segun leemos en algunos diarios, en Bruselas va á abrirse el octavo Congreso internacional de las sociedades protectoras de los animales, al que concurrirán delegados de Alemania, Inglaterra, Austria, Francia, Holanda, Italia, Rusia y Suiza. De creer es que no quede España sin representación en dicho Congreso.

Con inusitada pompa y lujo se ha estrenado en el lindo teatro de los *Buñtos Madrileños* una preciosa comedia en un acto y tres cuadros, titulada *El castillo de oro*, única en su clase. Distingúense en ella, tanto en la parte de declamación como en la coreográfica, preciosos muñecos que hacen las delicias del numeroso público infantil que favorece continuamente dicho teatro. Entre los de la primera sección descuellan en primer término, por su hermosura y magnificencia de trajes, los encargados de los papeles del Duque, Laura, esposa de aquél, bajo el disfraz de una simpática bruja, y la hija de ambos, Estrella, que merece por cierto tal nombre.

El acompañamiento de la Duquesita, así como el abundante cuerpo de baile, asombran, no ménos que por sus caras y formas, por el deslumbrador atrezzo con que se hallan adornadas. Un castillo ruinoso representa la primera decoracion, á la que suceden espaciosos jardines de la hija del Duque, en los cuales, no sólo las manzanas y demas frutas son de oro, sino tambien hojas, troncos y partes adyacentes. La decoracion tercera, el Jardin de la Dicha, merece particular mencion: en él las flores, los pájaros y el oro se encuentran en abundancia, alumbrados por vistosas bengalas.

El teatrito merece el favor que el público le dispensa.

**

En Barcelona se ha celebrado solemnemente el reparto de premios á los alumnos del Colegio de San José, que sostiene la Asociacion de Católicos. Presidia el acto el Ilmo. Sr. D. Domingo Cortés, Vicario general de la diócesis, quien enalteció en un breve discurso los beneficios que las Escuelas Católicas están llamadas á producir y la necesidad de que se multipliquen. Los premios consistian en libretas de la caja de Ahorros, libros, cuadros y estampas.

**

Necesitamos aplazar hasta el próximo número, para no retrasar el reparto de este, la publicacion de un trabajito de actualidad, en merecido elogio de una niña,

verdadero prodigio de inteligencia y aplicacion.

**

Ya se ha repartido el número 1.º de la revista *Las Novedades*, que dirige el Sr. D. Calixto Serrano Magdalena, cuyos escritos son bien conocidos, especialmente del público infantil. Dicho primer número, de copiosa lectura y elegante forma, contiene muy apreciables escritos en prosa y verso de la Sra. Sinués y Sres. Erckman Chatrian, Trueba, Benot, Serrano, Monroy, Mery, Chaves, Guerrero y Ossorio y Bernard.

**

En el favorecido Circo de Parish son muy justamente aplaudidos la pequeña Matilde en su trabajo sobre un caballo en pelo, y las niñas gímnnastas Leonore, Josephine, Laureta y Ernestine.

**

Los habituales descifradores de nuestros juegos de imaginacion deben hallarse muy ocupados en otras cosas cuando no nos han remitido ninguna solucion á los del último número. Para estimularles á vencer las dificultades que puedan encontrar, prometemos entregar á cada niño que nos remita las soluciones de más de dos problemas, un ejemplar del folleto *Un país fabuloso*, en que el Director de LA NIÑEZ examina los disparates que algunos escritores extranjeros publican al hablar de España.

Se admiten soluciones hasta el dia 12.

